

## José María Gatti

José María Gatti, alias el Mumo, se fue exiliado a México. Vivió en un pueblito de pescadores totonacas llamado Tecolultra, en pleno Golfo, bastante al sur de Veracruz. Allí alquiló una pequeña casa en una calle larga que, como todas, desembocaba en el mar. Zona tropical, los calores del verano eran de muerte; luego venían los “norte”, vientos, neblinas espesas, llovizna y lluvias interminables. El Mumo vivió, en su casita mitad ordenada, mitad en un gran desorden tropical, como si estuviera siempre a punto de partir con sus tres hijos, a punto, con un pie en el aire, como para levantar vuelo. De vez en cuando venía doña Lupe, con cuya hija el Mumo tenía algunos enredos temporarios, a hacer la limpieza de la casa. Aquí -me decía- todo es temporario, fundamentalmente las mujeres; porque en la época de los norte los hombres emigran en busca de trabajo, y vuelven, o no vuelven más, en la nueva temporada. El Mumo con su botella de rhon al lado, con su infaltable pucho de mariguana, el famoso “toque”, ¡y con la música! Recuerdo un anochecer, cuando el efecto del peyote se había disipado un poco, cómo oímos, con el Charlie, Ani, el Mumo y Julio, la música de Keith Jarrett: todo, desde los libros que llenaban desordenadamente las paredes hasta las palmeras de la calle, bailaban despidiendo una luminosidad dorada que terminaba en algo semejante a un manantial de chispas. Así era, y después, para rematar, más rhon, más mariguana, más cerveza, mientras comíamos pescado en un bodegón abierto, colorido, con música de boleros y gente dando vueltas por todas partes. El Mumo sabía bajar al Distrito cuando tenía que hacer trámites, o cuando le daban ganas de ver a los amigos. Nos reuníamos, hablábamos de literatura, de política, de mujeres, de música, de indios, de antropología, de filosofía... nuestras conversaciones parecían una red, una mezcla abigarrada de temas por los que nos paseábamos como si supiéramos algo. Ese era el *método*, decíamos. No saber nada, meterse en todo, ser eternamente aprendices, viajeros, saber perder, saber perderse, arriesgarse, ir recogiendo desechos, trapos, papeles, sonrisas, broncas. Ser antropólogo, decía, es algo que no puede catalogarse, que no tiene nombre ni títulos, “hay que desidentificarse, Oscar, volverse el otro”, me decía. Y volvía a su pueblito de la costa, él, el antropólogo, que se había vuelto aprendiz de pescador con un viejo llamado don Apolonio. Una vez se metió tres días en el mar, en una lancha que vi y cuya precariedad daba miedo. En una zona infectada de tiburones, perdida

de vista la costa, pescando y fumando una "mota" dulce y fantástica que volvía a la pesca un acto sobrenatural. El que no *fuma* no se mete al mar. No te aceptan. Esta es una ley, me decía sonriendo con esa risa que parecía brotarle por todo el cuerpo. Después lo contrataron para que recorriera las distintas zonas de la costa de México en una "investigación" (¡cómo si el Mumo hubiese investigado! ¡cómo si volverse otro, comer, beber, fumar y gozar con una intensidad ilimitada de todo, desde el ruido del mar hasta las sonrisas amorosas de las mujeres, fuese investigar! Para él eso era ser antropólogo, llevar bajo el brazo una novela de Conrad, un disco de Piazzola, un pucho, un cuerpo, y entregarse hasta más allá de los límites, hasta "volverse vidente" como decía Rimbaud) sobre la pesca, que luego fue sobre los vestidos, las comidas y las fiestas. Sacó dos libros y vivió algunos años con esa chamba que le vino como anillo al dedo para sus ansias de mezclarse con el "verdadero" México. Pero en el fondo, me lo reconoció con un dejo de nostalgia, extrañaba Tecolutla, no podía sacarse del alma aquel pueblito de fuego y de lluvia, con ese mar bravo y esos hombres y mujeres generosos, indios "de a de veras", hermosos indios que lo obsesionaron y enamoraron, que le dieron la vuelta la vida para siempre. Hasta que ésta se le terminó, a los cincuenta años, allá en Jalapa, cerca del Golfo, una ciudad con mucha vegetación, con muchas buganvilias, en medio de montes y selva. Allá murió el Mumo, al final era casi nada, él, gigante, un cuerpito transparente, tirado en la cama, los ojos vivos, ardiendo. El antropólogo conoció su muerte, la conoció por dentro, se hizo uno con ella, como antes se había hecho uno con todo, en la vida, ahora, en la muerte, también hacía lo mismo. Y desde Jalapa sus amigos, tenía muchos por su manera de vivir quemándose e iluminando a su alrededor, lo llevaron a enterrar a Tecolutla, y lo enterraron, y la gente se acordaba de él, ¡cómo no acordarse del "antropólogo" que vivía con ellos como uno más de la tribu! Y después se fueron a tomar cerveza, y después, ya de noche, se volvieron, dejando en esa que fue su verdadera tierra, la amada, al antropólogo cordobés que por los vaivenes de la vida fue llevado allá, tan lejos, para que descubriera, al fin, en ese pueblito, su destino. A él se aferró el Mumo, siempre a punto de zozobrar, hasta que murió, y allá descansa, y nosotros hemos querido publicar estas cosas por un problema de amor y de memoria. Ahora que todo está tan borroso es bueno acordarse de este tipo que murió lejos pero que en gran medida es nuestro. "Nuestro" quiere decir de la parte más de él que tenemos, de esa *gracia* que lo hizo pescador, totonaca (¡y esta era su honra!), escritor, mujeriego, antropólogo, un verdadero ángel si a los ángeles se les diera alguna vez por bajar a la tierra. Sin ese entramado invisible no sé cómo el mundo podría resistir el empuje de las sombras.